

bosque animado por el paseo del domingo; música, carruajes, multitud de señoras y turbas de niños por todas partes.

Entonces observé por vez primera el bello sexo holandés.

La belleza es una flor rara en Holanda, como en todos los países; pero en un trayecto de cien pasos por el bosque de El Haya, ví más mujeres hermosas que en todos los cuadros de los Museos holandeses. No se ve en ellas la belleza escultural de las romanas, ni los magníficos colores de las inglesas, ni la vividísima expresión de las andaluzas; pero sí una finura, una gracia inocente y afable, una ligereza tranquila, algo, en fin, que es grato. Tienen el atractivo—como dijo justamente un escritor francés—de la flor de valeriana que adorna sus jardines. Son más bien altas que bajas, y gruesas; tienen las líneas del rostro regulares; la piel tersa y brillante, de un hermoso color blanco-pálido ó rosa delicadísimo, que parece infundido por el hálito de un ángel; los pómulos salientes; los ojos color azul claro, frecuentemente clarísimo, que en algunas tiene una apariéncia vítrea, que les dá un mirar vago como el de una persona distraída. Se dice que tienen hermosos dientes; no puedo afirmarlo porque se rien poco. Andan con ménos ligereza que las francesas y con ménos rigidez que las inglesas; visten á la moda de París, con más gracia, aunque con ménos lujo en El

Haya que en Amsterdam, y ponen en pomposa evidencia sus grandes cabelleras rubias.

Me chocó ver aún vestidas de niñas, con faldas cortas y calzoncillo, á muchachas que entre nosotros tienen ya el trage y el aire de mujeres hechas. En Holanda, donde la vida es lenta y la impaciencia un sentimiento desconocido, las muchachas no tienen prisa por abandonar las costumbres y el aspecto de la niñez, y por otra parte entran naturalmente más tarde que en otros países en aquella edad tan crítica, en la cual—como dice muy bien Alejandro Manzoni—parece que penetra en ellas un poder misterioso que adorna, eleva y vigoriza todas las inclinaciones y todas las ideas. Rara vez se casa una jóven antes de los veinte años. No digo ya las jóvenes del reino de Dekan que, segun se dice, se casan á los ocho años y son ya abuelas á los veinte ó antes, sino las italianas y las españolas que se casan á los catorce ó quince, en Holanda son consideradas como criaturas maravillosas. Allí las muchachas de quince años van solas á la escuela con los cabellos sueltos por la espalda y no hay alma nacida que las mire. He oido hablar casi con horror de un mozalvete de El Haya, acusado por otros jóvenes de buscar aventuras amorosas en tal edad, para ellos no ménos sagrada que la infancia.

Otra cosa que se nota al vuelo en una ciudad holandesa—excepto en Amsterdam—es la ausen-

cia de la prostitucion elegante. Aquel aire especial y aquellas señas particulares que van diciendo "soy una de tantas," no se ve nunca ó casi nunca; y de lo que se ve, puede apostarse que de cada diez, nueve vienen del inmenso semillero del Sena. "Cuidado—me decian ciertos holandeses libre-pensadores—está en un país protestante y hay mucha hipocresía." Será así; pero no puede ser una gran llaga la que aún se puede disimular. La sociedad equívoca no existe; no se ve ni sombra de ella en público, ni idea suya en la literatura; la lengua misma es rebelde á la traduccion de una sola de las fórmulas infinitas que constituyen el lenguaje de doble sentido, lúbrico y fácil, que tal sociedad usa en los países donde existe. Por otra parte, ni los padres ni las madres cierran los ojos ante la conducta de los hijos levantiscos, aunque sean hombres hechos; la disciplina doméstica no exceptúa las barbas largas; y lo que contribuye en union con lo indicado, es el temperamento frio, la costumbre de la economía y el respeto á la opinion pública.

Hablar del carácter y de la vida de las mujeres holandesas, con el intento de exponer frutos de la propia experiencia, no habiendo estado siquiera algunos meses en Holanda, seria una pretension aún más ridícula que impertinente; tengo, pues, que contentarme con dejar hablar á mis amigos holandeses.

Muchos escritores han tratado con descortesía á las mujeres holandesas. Uno las llamó máquinas de chicos; otro montones apáticos; un anónimo del siglo pasado llevó su impertinencia hasta el extremo de decir que como, en Holanda, los hombres suelen buscar sus amantes entre las criadas, las mujeres (quiere decir las señoras) no llevan más arriba sus aspiraciones. Pero estos son juicios dictados por el despecho de cualquier cortejante rechazado. Daniel Stern, que como mujer tiene particular autoridad en esta materia, dice que son firmes, leales, altivas y castas. Alguno ha manifestado dudas sobre la tan predicada placidez de sus afectos. "Son aguas mansas—dice Esquirós—pero ya se sabe lo que se dice del agua mansa." "Son volcanes helados—dice Heine—que cuando se deshuelan..." Pero de todos los juicios que he leído, el más notable me pareció el de Saint Evremont, que es el siguiente: "las mujeres holandesas no son bastante vivas para turbar el reposo de los hombres, y aunque sean amables, no hay nada que esperar de ellas, sea por su juicio, sea por la frialdad que ocupa en ellas el lugar de la virtud."

Cierto dia, en un círculo de jóvenes de El Haya, cité este juicio de Saint Evremont y pregunté bruscamente:—¿Es cierto?—Sonrieron, se miraron, uno contestó:—Le diré...;—otro:—Me parece...;—un tercero:—Segun...;—en fin, con-

cluyeron todos por decir que era verdad. Otras veces más he recogido indicios que prueban que las cosas marchan hoy como en el tiempo del escritor francés. Se hablaba en una reunión de un personaje un poco ridículo. «Y sin embargo—dijo uno—ese hombrecillo de tan pacífica apariencia, es un faldero de primer orden.»—Yo pregunté la frase sacramental:—«¿Turba el reposo de las familias?» Se echaron todos á reir y uno contestó:—«¿Cómo! ¿Turbar el reposo de las familias en Holanda seria uno de los doce trabajos de Hércules!»—«Nosotros, los holandeses—me dijo una vez un amigo—no somos conquistadores, y no podemos serlo porque nos falta escuela. No hay nada más falso en Holanda que la famosa definicion de que el matrimonio es como una fortaleza sitiada, que el que está fuera quisiera estar dentro, y el que está dentro quisiera estar fuera. Aquí el que está dentro se encuentra bien, y el que está fuera no piensa en entrar.»—«La mujer holandesa—me dijo otro—no se casa con el hombre, sino con el matrimonio.»—Esto que se dice en El Haya, ciudad elegante donde tiene gran influencia la civilizacion francesa, es aún más verdadero tratándose de las demás ciudades donde se conservan más las costumbres antiguas. Digan y escriban, pues, los viajeros galantes que en Holanda se duerme y que la felicidad doméstica es *un bonheur un peu gros*. Esta mujer, que sale poco, que baila poco,

que se rie poco, que no se ocupa más que de sus hijos, de su marido y de sus flores, que lee libros de Teología, que ve la calle en un espejo para no exhibirse en la ventana, ¡cuánto más poética es!.. ¡Perdóname, Andalués, que iba á decir una gorda!

Hasta ahora, podrá haber creido alguien que yo quiero pasar plaza de saber la lengua holandesa. Me apresuro á decir que no y á disculpar mi ignorancia. Un pueblo como el holandés, sério y taciturno; más rico de buenas condiciones ocultas que de brillantes cualidades exteriores; que vive—si se me permite decirlo—más dentro que fuera de sí; que hace mucho más de lo que dice; que no se vende por más de lo que vale, puede ser estudiado hasta sin comprender su lengua. Por otra parte, en Holanda está extraordinariamente difundida la lengua francesa. En las grandes ciudades, casi no hay persona culta que no hable francés corrientemente, ni tendero que no sepa explicarse bien ó mal, ni chiquillo del pueblo que no sepa las diez ó veinte palabras que bastan para sacar de apuros á un extranjero. Esta difusion de una lengua tan distinta de la del país es un hecho tanto más notable, cuanto que no es la única lengua extranjera que se habla comunmente en Holanda. La inglesa y la alemana son casi tan conocidas en Holanda como la francesa. El estudio de estas tres lenguas es obligatorio en la segunda

enseñanza. Las personas cultas, aquellas que en Italia tienen casi obligación de saber el francés, en Holanda leen libros ingleses, alemanes y franceses con la misma facilidad. Los holandeses tienen particular disposición para aprender las lenguas y una increíble franqueza en la conversacion. Nosotros, los italianos, antes de arriesgarnos á hablar una lengua extranjera, queremos saberla tan bien que no se nos escapen faltas garrafales, y cuando sucede, nos ruborizamos; evitamos las ocasiones de hablar hasta que estamos seguros de que el hacerlo nos vale un cumplido, y de esta manera alargamos siempre el período de nuestro noviciado filológico.

En Holanda sucede con frecuencia encontrar gente que habla francés, combinando con infinitos esfuerzos un capital de cien palabras y veinte frases; pero que habla, sigue una larga conversacion y no demuestra curarse siquiera de lo que podáis pensar de sus despropósitos y de su audacia. Los porteros, los mozos de cordel, los muchachos, cuando les preguntan si saben el francés, responden con la mayor seguridad:—*Oui, ó un peu*, y se las arreglan de mil maneras para hacerse comprender, riéndose ellos mismos algunas veces de las extravagantes contorsiones de su lenguaje, y redondeando todas las respuestas con un *s'il vous plait* ó un *pardon*, dicho las más de las veces con tan gracioso despropósito, que hay que

reirse á la fuerza. Y parece á todos tan fácil saber el francés, que cuando alguno tiene que contestar que no lo sabe, titubea, se avergüenza, y si se le pregunta en la calle, deja á uno plantado.

En cuanto á la lengua holandesa, se queda á oscuras el que no sepa alemán; cuando uno lo sabe, puede comprender algo en los libros, con un poco de estudio; pero oyendo hablar, se queda tan á oscuras como antes. El efecto que hace en el oído á quien no la entiende, es que parece que hablan alemán, con un pelo atravesado en la garganta, cuyo efecto es debido á la frecuencia de una aspiracion gutural, semejante á la jota española. Los mismos holandeses no encuentran armoniosa su lengua. Me sucedió con frecuencia oír que me preguntaban como bromeando:—¿Qué efecto le hace?—como sobreentendiendo que tenía que ser un efecto poco agradable. Y sin embargo, hubo quien escribió un libro para demostrar que Adán y Eva, cuando estaban en el Paraíso terrenal, hablaban holandés. Pero aunque hablan tantas lenguas extranjeras, tienen los holandeses á la suya en mucho, y se indignan cuando algun extranjero ignorante dice, por haberlo oído alguna vez, que el holandés es un dialecto germánico; cosa que, en verdad, creen muchos de los que conocen la lengua tan solo de nombre. Es casi superfluo recordar la historia de esta lengua. Los primitivos pueblos del país hablaban el teutónico

en sus varios dialectos. Estos dialectos se amalgamaron y constituyeron la antigua lengua neerlandesa, lo cual pasó en la Edad Media, como las demás lenguas de Europa, por las diferentes fases, germánica, normanda y francesa, y salió el holandés actual, en cuyo fondo queda aún el idioma primitivo con alguna marca latina. Cierto que hay una gran semejanza entre el holandés y el alemán, y sobre todo, una infinidad de radicales comunes; pero difieren mucho la sintáxis, que es bastante más sencilla en el holandés, y muchísimo la pronunciación. Esta misma semejanza es causa de que los holandeses no hablen, por lo general, el alemán tan bien como el inglés y el francés, sea por la dificultad que produce la facilidad de equivocarse, sea porque no teniendo necesidad de esforzarse para llegar á comprender la lengua y hablarla por necesidad, no se apuran, como sucede con el francés á muchos de nosotros, que lo hablamos á los diez años y no lo sabemos á los cuarenta.

Es ya tiempo de ir á ver el Museo de Pintura, que es la más hermosa joya de El Haya. Apenas entramos, nos encontramos en frente del más célebre de todos los animales pintados: el toro de Pablo Potter, aquel inmortal toro que, como he dicho, tuvo el honor, en el Museo del Louvre, cuando hubo la manía de clasificar los cuadros en una especie de gerarquía de celebridad, de ser co-

locado junto á la Transfiguración, de Rafael, al San Pedro Mártir, del Ticiano, y á la Comunión de San Jerónimo, del Dominiquino; aquel toro por el que Inglaterra pagaría un millon de pesetas y que Holanda no vendería por el doble; aquel toro, en fin, sobre el cual se han escrito más páginas que pinceladas dió el pintor, y sobre el cual se escribe y se disputa todavía, como si en vez de una imagen fuese una creación verdadera y viviente de un nuevo animal.

El asunto del cuadro es sencillísimo: un toro de tamaño natural, de pié, con el hocico vuelto hácia el espectador, una vaca echada en tierra, algun ganado, un pastor, y un paisaje en lontananza.

El mérito supremo de este toro se dice en dos palabras: está vivo. La mirada sería y atónita, que expresa el sentimiento de una vitalidad vigorosa y de una altivez salvaje, está representada con tanta verdad que, á primera vista, dan intenciones de echar por la derecha ó por la izquierda, como se hace en el campo, si se encuentra á uno de estos animalitos en un sendero. Las narices húmedas y negras, parece que humean y absorben el aire aspirándole profundamente. Los pelos se ven uno á uno con todas las manchas, los remolinos y las señales del rozamiento contra los árboles y la tierra, y parecen verdaderos pelos sujetos al lienzo. Los otros animales no le van

en zaga: la cabeza de la vaca, la lana de las ovejas, las moscas, la yerba, las hojas y las fibras de las plantas, el musgo; todo está hecho con una verdad prodigiosa. Al paso que se comprende el infinito cuidado que debe haber puesto el artista, no se ve la fatiga y la paciencia de la copia; parece un trabajo de inspiración, en el que el pintor, inflamado por una especie de furor de la verdad, no ha tenido ni un solo momento de duda ni de cansancio. Se han dirigido á éste «increíble golpe de audacia de un joven de veinticuatro años» infinitas censuras. Se censuró su tamaño excesivo para la naturaleza vulgar del asunto; la falta de efectos luminosos, porque la luz es igual en todas partes y hace resaltar todo, sin contrastes de sombra; la rigidez de las patas del toro; el color seco de las plantas y de los animales de último término, y lo mediano de la figura del pastor. Pero, con todo, el toro de Pablo Potter sigue coronado de la gloria de las obras maestras, y Europa lo considera como la obra más magistral del príncipe de los pintores de animales. «Con su toro, — dijo justamente un crítico ilustre, — ha escrito Pablo Potter el verdadero idilio de Holanda.»

Este es el gran mérito de los pintores holandeses de animales, y sobre todo de Pablo Potter. No ha representado solamente los animales; sino que ha hecho visible y celebrado con la poesía del

color el cariño cuidadoso, delicado, casi maternal, que les profesa la población agrícola de Holanda. Se ha servido de los animales como de intérpretes para revelar la poesía de la vida rústica. Ha expresado con ellos el silencio y la paz de los campos, el placer de la soledad, la dulzura del reposo y la satisfacción del trabajo tranquilo. Diríase que había llegado á hacerse entender de ellos y á alcanzar que se colocasen debidamente para ser copiados. Les ha sabido dar toda la variedad y el atractivo de personajes. La tristeza, el tranquilo goce que proviene de la satisfacción de las necesidades, el sentimiento de la salud y de la fuerza, el amor y el reconocimiento hácia el hombre, todos los vislumbres de inteligencia y los embriones de afectos, todas las variedades de carácter, todo eso recogió y significó con cariñosa fidelidad, llegando á infundir en los demás el sentimiento que le animaba. Al ver sus cuadros, se siente que despierta poco á poco no sé qué instinto primitivo de vida pastoril, cierto deseo inocente de ordeñar, de retozar, de trabajar con aquellos animales benéficos, pacíficos y hermosos, que alegran la vista y el corazón. En este arte, Pablo Potter se elevó sobre todos. Berghen es más fino, pero él es más natural; Van de Velde tiene más gracia, pero él tiene más energía; Du Jardin es más amable, pero él es más profundo.

¡Y pensar que el arquitecto, que luego fué su

suegro, no quería al principio darle su hija, porque no era más que *un pintor de animales*, y que su célebre toro fué hecho, si hemos de creer á la tradicion, para servir de muestra en la tienda de un carnicero, y vendido por 1.260 pesetas!

Otra obra maestra del Museo de El Haya, es un cuadro de Gerardo Dov, el autor de la famosa *Mujer hidrópica*, que está en el Museo del Louvre entre los cuadros de Rafael y de Murillo; uno de los más grandes pintores de escenas íntimas de la escuela holandesa y el más cachazudo de todos los cachazudos artistas de su pátria. El cuadro no representa más que una mujer sentada junto á una ventana, con una cuna al lado; pero hay en esta sencillísima escena un aura tan grata y tan santa de paz doméstica, un reposo tan profundo, una armonía tan amorosa, que el más obstinado calavera de la tierra, no podría fijar allí los ojos sin sentir en el corazon un irresistible deseo de ser el que falta y es esperado en aquel aposentito tranquilo y limpio, ó á lo ménos, de poder entrar un momento, aunque fuese á escondidas, ó con la condicion de estar acurrucado en un rincón oscuro, para poder aspirar aquel perfume de felicidad inocente y secreta. Este cuadro, como todos los de Dov, está pintado con aquella prodigiosa minuciosidad, que ya en él llega casi al exceso, como despues llegó con aquel Slingelandt, que empleó tres años de trabajo continuo para re-

tratar á la familia Meerman, y que luego degeneró en aquel estilo lamido, amanerado y rebuscado de las figuras de marfil, los cielos de esmalte y los campos de terciopelo, de cuyo estilo fué el maestro más famoso el pintor Van der Werff. Entre otros objetos, se ve en este cuadro de Dov un mango de escoba, del tamaño del mango de una pluma, en el que se dice que el pintor trabajó asiduamente por espacio de tres dias, lo cual no parece extraño, al ver los más menudos filamentos, las vetas, los nudos, las manchas, las abolladuras y las señales de los dedos. Se cuentan cosas apenas creibles de esta sobrehumana paciencia suya. Dícese que empleó cinco dias en copiar una mano de cierta señora Spirings, cuyo retrato hizo; ¡quién sabe el tiempo que le llevaria hacer la cabeza! Reducia á la desesperacion á los mal aconsejados que se retrataban con él. Se cuenta que molia él mismo los colores, que hacia sus pinceles y que todo lo tenia herméticamente cerrado para que no cogiese ni sombra de polvo. Cuando entraba en su estudio, abria la puerta con mucho cuidado, se sentaba con gran flema y permanecía inmóvil hasta que habia cesado la más pequeña agitacion producida por el movimiento. Despues comenzaba á pintar, sirviéndose de vidrios cóncavos para empequeñecer los objetos. Este esfuerzo continuo acabó por debilitarle la vista, y se vió obligado á pintar con una lente. Con todo esto, su

colorido no es frío ni fatigoso, y sus cuadros conservan el mismo vigor, tanto vistos de lejos como de cerca. Fueron comparados muy justamente á escenas naturales reducidas por la cámara oscura. Dov fué uno de los muchos discípulos de Rembrandt que se repartieron la herencia de su génio. El se llevó la finura y el arte de imitar la luz, sobre todo la de las velas y de los faroles, en lo cual, como veremos en el Museo de Amsterdam, se elevó á la altura de su maestro. Fué uno de los raros en su género de pintura, que no se deleitó en la representación de la fealdad y de los asuntos triviales.

El género íntimo está representado en el Museo de El Haya, además de Dov, por Adriano Van Ostade, por Steen, y por Van Mieris el viejo.

Van Ostade, llamado el Rembrandt de la pintura íntima, porque imitó de su maestro el arte potentísimo del claro-oscuro, de los matices delicados, de la transparencia de las sombras, y de la riqueza del colorido, tiene aquí dos cuadros que representan el interior y el exterior de una casa rústica, con figuras; llenos entrambos de poesía, mal que pese á la vulgaridad de los asuntos, lo que es comun de todos los demás pintores del mismo género. Pero tiene una cosa de particular: que las jóvenes, notablemente feas de sus cuadros, son retratos de gente de su familia que, segun se

de tantas mortales ánsias, que oyeron los sollozos de tantas viudas, que vieron la santa alegría de los regresos y las tristes despedidas de tantos esposos, representan con su limpieza, con sus cortinillas blancas, con los trages y las camisetas marineras colgadas en las ventanas, la pobreza digna y libre de sus habitantes. De aquellas casas no salen vagabundos ni mujeres corrompidas; ningun habitante de Scheveningen ha desertado del mar y ninguna muchacha ha desdeñado la mano de un pescador. Hombres y mujeres tienen en la postura de su cabeza y en la expresion de su mirada un no sé qué de grave y desdeñoso que impone respeto. Saludan sin inclinar la frente, mirando á la gente en los ojos, como si quisieran decir:—No tenemos necesidad de nadie.

En este pueblecito hay dos escuelas, y no puede definirse lo que se siente al ver, á cierta hora, desparramarse por aquellas pobres calles un enjambre de muchachos rubios con una cartera debajo del brazo y un lápiz en la mano.

Scheveningen no es solamente un pueblo famoso por la originalidad de sus habitantes, que todos los extranjeros visitan y todos los pintores pintan. Hay dos grandes casas de baños, donde se reunen en verano ingleses, rusos, alemanes, daneses; la flor de la aristocracia del Norte; Príncipes y Ministros; medio almanaque de Gotha; y allí hay bailes, iluminaciones y fuegos artifi-

ciales en el mar. Las dos casas están situadas sobre las dunas. A todas horas del día, ciertas carrozas de la forma de las barracas ambulantes de los charlatanes, tiradas por un robusto caballo, avanzan de la playa al mar, giran sobre sí mismas y salen de ellas señoras que se meten en el mar, abandonando sus cabelleras de oro en alas de la brisa del mar. Por la noche, suenan las músicas, salen los bañistas, y la playa se puebla de una multitud festiva, variada, elegante, entre la cual se oyen acentos de todas las lenguas y se ven bellezas de todos los países. A pocos pasos de la fiesta, el extranjero melancólico encuentra la oscura soledad de las dunas, donde la música apenas llega á su oído como un eco lejano, y ve las casas de los pescadores con sus luces, que hacen pensar en la familia y en la paz.

La primera vez que fuí á Scheveningen, dí un paseo por aquellas dunas, tan ilustradas por los pintores, las únicas alturas que interceptan la vista en la inmensa llanura holandesa, hijas rebeldes del mar á quien disputan el paso, y á la vez guardianas y prisioneras de Holanda. Hay tres órdenes de dunas que forman un triple baluarte contra el mar; las exteriores son las más áridas; las de enmedio las más altas, y las de adentro las más cultivadas. La altura media de estas montañas de arena no pasa de una quince-na de metros, y todas juntas no se internan tier-

ra adentro más de una legua. Pero como no hay ni cerca ni lejos otra altura mayor, ofrecen á los engañados ojos el aspecto de una vasta region montañosa. Se ven valles, gargantas, precipicios; perspectivas que parecen lejanas y se cojen con la mano; cimas de dunas vecinas, sobre las que se cree que un hombre debería aparecer como un niño y parece un gigante. Aquella region, mirada de lo alto, parece un mar amarillo, tempestuoso é inmóvil. Aumenta la tristeza de este desierto una vegetacion salvaje que parece la flora de aquella Naturaleza muerta y abandonada: yerbas débiles y raras; flores con los pétalos casi diáfanos, y otras plantas entre las que, de cuando en cuando, se ve correr algún conejo. Por largos trechos no se ve ni una casa, ni un árbol, ni un alma viviente. Pasan de tiempo en tiempo cuervos, grajos, gaviotas; y sus gritos y el choque de los arbustos agitados por el viento, son el único rumor que turba el silencio de aquella soledad. Cuando el cielo ennegrece, el color apagado de la tierra toma una claridad siniestra, semejante á aquella luz fantástica con que aparecen los objetos mirados á través de un vidrio de color. Entonces, estando solo en medio de las dunas, se experimenta un desaliento como si uno se encontrase en un país desconocido, inmensamente lejano de toda tierra habitada, y se busca con ansiedad en el nebuloso horizonte, alguna som-